



Discurso Acto Solemne de Investidura de Doctor *Honoris Causa* del Dr. D. Nuccio Ordine

Dr. D. Nuccio Ordine

Acto de Solemne de Investidura
de Doctor *Honoris Causa*
31 de marzo de 2022

Discurso Acto Solemne de Investidura de Doctor *Honoris* *Causa* del Dr. D. Nuccio Ordine

Dr. D. Nuccio Ordine



*Sr. Rector Magnífico
Dignísimas autoridades,
Claustro de profesores
Alumnas y alumnos*

Señoras y Señores

No tengo palabras para expresar mi gratitud y emoción por el gran honor que vuestra prestigiosa universidad ha tenido la generosidad de concederme. Querría también dar las gracias al director, el profesor Ricardo Pinilla, a mis colegas del Departamento de Filosofía y Humanidades, y a la decana, la profesora Susane Margret Cadera, así como a mis colegas de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales.

Mientras escuchaba la *laudatio* del profesor Angelo Valastro, escrita en el perfecto estilo epidíctico del *elogium*, no pude por menos que pensar en el famoso aforismo que Juan de Salisbury atribuyó a Bernardo de Chartres: «Somos como enanos a hombros de gigantes, de modo que podemos ver más cosas y más lejos de lo que éstos podían ver; no porque nuestra vista sea más aguda, o nuestra altura nos dé una ventaja, sino porque nos sostenemos y alzamos gracias a la estatura de los gigantes en los que nos apoyamos».

Olvidar la importancia de los gigantes que nos han permitido mirar más allá significa volverse tan arrogantes como la mosca de la que se burlaba, algunos siglos más tarde, Sir Francis Bacon. Siguiendo los pasos de Esopo, cuenta el filósofo inglés la historia del pretencioso insecto que, apoyado en la rueda de un carro, se jactaba de levantar tanto polvo. Así que, para no cometer el mismo error, me gustaría recordarme a mí mismo y recordarles a todos ustedes que esta mañana nos hemos reunido aquí para rendir homenaje sobre todo a unos valores que son independientes de la persona que los defiende. Valores que hoy, en una sociedad cada vez más desmemoriada

y amenazada por la dictadura del beneficio, estamos descuidando. Y esto sucede también por culpa de esos auténticos enanos que desprecian el prestigio de los gigantes porque creen que el pasado no tiene ningún interés y que el futuro sólo se puede construir dirigiendo la mirada hacia adelante.

Intentaré ofrecer algún ejemplo de los daños que el utilitarismo y una visión economicista de la vida están causando en algunos campos que son decisivos para el futuro de la humanidad: la enseñanza, la investigación científica y la concepción misma de las relaciones humanas.

Querría empezar hablando de la educación. Por desgracia, asistimos en silencio, desde hace décadas, a la degradación de la educación. No faltan profesores y estudiantes que, por distintas razones, han expresado y expresan el malestar de quienes viven la realidad de escuelas y universidades que hace tiempo perdieron su función esencial: formar ciudadanos cultos, solidarios, dotados de sentido crítico y con una auténtica conciencia civil.

Sin embargo, no se atreven a protestar porque temen causarle un perjuicio económico a su universidad. La distribución de la financiación de la educación se ha confiado diabólicamente a un mecanismo infernal de bonificación basado en rígidos sistemas de evaluación. Europa ha importado de manera acrítica instrumentos y parámetros dominantes en los Estados Unidos y Gran Bretaña. Hemos pasado, en resumen, de un exceso a otro: de la amplia malla del pasado, sin ningún control, al estrecho tamiz actual. El término *mérito* se ha convertido en un pasaporte para obtener fondos, reconocimientos, etiquetas de excelencia y promociones en la carrera de los profesores.

La cuestión no tiene que ver con la evaluación en sí, ¡que es una cosa buena y justa si se ejerce con equilibrio y se basa en valores

compartidos! Se trata, por el contrario, de los criterios que se han elegido, de una forma despótica, para identificar a los *merecedores*. Se trata, desgraciadamente, de una lógica que ha terminado por imponer modelos empresariales que no son adecuados para las escuelas y las universidades. De la escuela primaria al doctorado, toda la cadena de la enseñanza se ha puesto al servicio del llamado crecimiento económico, de las exigencias del mercado y de las empresas. En resumen, las teorías neoliberales han impuesto sus principios también en el mundo de la educación: interacción con la empresa privada, cooperación con los distintos sectores de la economía, competitividad entre las escuelas y entre las universidades, prioridad de las “competencias” y las “aptitudes” han contribuido a crear una peligrosa visión utilitaria del estudio, de la investigación científica y el conocimiento.

¿Estamos seguros de que los parámetros cuantitativos y la asfixiante maquinaria burocrática diseñada para constatarlos están construyendo una educación mejor? Más allá de las buenas intenciones, me parece evidente que las escuelas y universidades se ven obligadas a trabajar exclusivamente para obtener buenas clasificaciones. Sin «resultados» no hay financiación. En otras palabras: los que no aceptan los criterios están condenados a sucumbir. El sistema que mide no se limita a medir. Orienta, sin posibilidad de recurso, el futuro de cada «prestación». De este modo, la evaluación sirve para la autorreproducción de un modelo único y, sobre todo, para imponer una lógica que impide imaginar posibles alternativas.

¿Por qué la internacionalización de las universidades se mide por el número de cursos impartidos en inglés? ¿Por qué entre los criterios aplicados figuran los niveles de empleo y los sueldos que los estudiantes ganarán después de graduarse? ¿Por qué en muchos países europeos los proyectos de investigación nacionales solo se presentan en inglés? ¿Por qué el número de graduados en los plazos previstos debe considerarse un valor positivo sin preguntarse por

su «calidad»? ¿Estamos seguros de que la «competencia» puede estimular el crecimiento más que la gratuita y necesaria «colaboración»? ¿Estamos seguros de que sólo deben cultivarse las materias STEM, capaces de garantizar un futuro económico, y de que hay que eliminar las humanidades? ¿Conviene seguir los «rankings» si solo Harvard gasta casi la mitad de los fondos que reciben todas las universidades estatales italianas?

Siempre en busca de una evaluación favorable, los profesores, además de sustraer un tiempo precioso a los alumnos, dejan de investigar libremente y se dedican a elaborar «productos» en función de los parámetros impuestos por las agencias nacionales. Al mismo tiempo, se hace creer a los jóvenes que es necesario estudiar para aprender un oficio, y que el “éxito” se mide por la cuenta bancaria, de manera que en el momento de elegir asignaturas lo mejor es sofocar toda pasión.

Y para entender cuáles son las consecuencias negativas que pueden derivarse de una enseñanza modelada a partir de las reglas del mercado, me gustaría releer con vosotros las proféticas observaciones de Charles Dickens. En *Tiempos difíciles* (1854), la escuela de Coketown (fruto de una Inglaterra industrial) es gobernada por el banquero Bounderby y por el pedagogo Gradgrind, empeñados ambos en combatir todo aquello que se opone a la concreción de los hechos y a la producción:

Hechos, hechos, hechos; no se advertía otra cosa en la apariencia externa de la población, y tampoco se advertía otra cosa que hechos en todo lo que no era puramente material. La escuela [...] era toda hechos, la escuela de dibujo eran hechos, las relaciones entre amo y trabajador eran hechos y todo eran hechos, desde la Maternidad hasta el cementerio. Lo que no se podía expresar en números ni demostrar que fuera posible comprarlo en el mercado más barato, para venderlo más caro, no existía ni existiría jamás en Coketown hasta el final de los siglos. Amén (I, V)

Enemigo de una enseñanza abierta a la imaginación y a toda forma de *curiositas*, Gradgrind va siempre «con una regla, una balanza y la tabla de multiplicar en el bolsillo», listo «para pesar y medir cualquier partícula de la naturaleza humana y para decir exactamente a cuánto asciende». Para él, la educación y la vida se reducen a «una mera cuestión de números». A la vez que considera a sus jóvenes alumnos como «pequeños recipientes que debían llenarse de hechos».

Hoy, por desgracia, gracias al neoliberalismo dominante, la profética descripción de Dickens se ha convertido en realidad. Desde hace muchos años, en efecto, los parámetros de la enseñanza están cada vez más condicionados por las directrices de agencias (públicas y privadas) transnacionales: compete a los expertos del Banco Mundial (BM), de la Organización de Cooperación y Desarrollo económico (OCDE) y de la Organización Mundial del Comercio (OMC) señalar los criterios a través de los cuales se evalúa el aprendizaje en las escuelas de los estados miembros. Es un ambicioso sistema de reglas destinado a crear un canon homogéneo capaz de ofrecer, a través de periódicas encuestas, una “radiografía” objetiva y uniforme de los distintos sistemas educativos. La eficiencia de la enseñanza no se mide ya por los “conocimientos” que deben compartirse con los estudiantes, sino por las “competencias” y las “habilidades” que los alumnos deben adquirir con vistas a su futura inserción en el mercado laboral. Dicho de otro modo, el objetivo no es ya formar ciudadanos cultos capaces de entenderse a sí mismos y de entender el mundo que los rodea con espíritu crítico, sino adiestrar profesionales preparados para adaptarse a las exigencias de la producción global.

Los resultados de estas tendencias, fruto de una “pedagogía mercantil”, empiezan ya a ponerse de manifiesto. En Italia, por ejemplo, en el último control del Instituto Nacional para la Evaluación del Sistema Educativo, efectuado en mayo de 2018, una de las preguntas del test distribuido a los alumnos de la escuela primaria contenía dos cuestiones fuertemente antieducativas: «Tendré bastante dine-

ro para vivir» o «Conseguiré comprar las cosas que quiero». Plantear estas preguntas a niños de una franja de edad entre 7 y 10 años es un crimen que, por desgracia, no suscita ninguna indignación. Parece evidente que la finalidad principal de la educación —en sintonía con la religión del beneficio que domina hoy en día el mundo entero— debe ser formar a futuros consumidores interesados solo en una enseñanza adaptada a las exigencias de la producción mundial para garantizar el acceso a una profesión que pueda asegurar cuantiosas ganancias.

Los principios ideológicos que propugnaban el banquero Bounderby y el director de la escuela Gradgrind parecen haberse encarnado ya en un léxico tomado exclusivamente del mundo de la economía. Las dos primeras palabras con las que nuestros estudiantes deben vérselas, apenas se matriculan en la universidad, son “créditos” y “débitos”.

Y mientras que en Europa todos los gobiernos, durante décadas, han recortado los fondos dedicados a la enseñanza, hace años que se destinan masivas inversiones a financiar la didáctica digital. La dramática experiencia de la pandemia ha contribuido a acelerar procesos que estaban ya en el aire. La preciosa ayuda de la tecnología durante los meses de confinamiento ha sido considerada como una gran oportunidad para entender las extraordinarias potencialidades de la enseñanza telemática. Pero la confusión entre la urgencia y la normalidad ha reforzado el número de los partidarios convencidos de que la escuela moderna es una cuestión de ordenadores y de pizarras conectadas, y no de buenos profesores. Se ha visto como una oportunidad para considerar la lección magistral (que desde Sócrates hasta hace unas décadas había mantenido viva la relación directa entre maestros y alumnos) como un viejo arnés obsoleto que debe sustituirse con espectaculares programas didácticos multimedia. Olvidamos que solo los buenos profesores, y no

las plataformas digitales o los ordenadores, pueden cambiar la vida del estudiante. Desde hace siglos, ya sea en una modesta cabaña africana, ya sea en el aula de una rica ciudad occidental, se realiza un milagro cotidiano: anónimos profesores, en silencio y alejados de los reflectores de los media, cambian con su enseñanza y con su ejemplo la vida de los estudiantes mismos.

A lo largo de los siglos, en efecto, son incontables los homenajes que, de maneras diferentes, los estudiantes han rendido a sus maestros. Me gustaría detenerme en dos ejemplos significativos: Dante Alighieri y Albert Camus. Dante canta las alabanzas de un maestro que era reconocido como una autoridad ya en su época. En el canto XV del *Inferno*, recuerda su encuentro con Brunetto Latini: «ché 'n la mente m'è fitta, e or m'accora,/ la cara e buona immagine paterna/ di voi quando nel mondo ad ora ad ora/ m'insegnavate come l'uom s'eterna:/ e quant'io l'abbia in grado, mentr'io vivo/ conven che ne la mia lingua si scerna». Cito la traducción de mi colega y amigo Angelo Valastro:

«porque hiere mi mente y mi alma apura
la imagen paternal buena y querida
de vos cuando en el mundo la aventura

me revelabais de la eterna vida:
y es justo que mi lengua siempre muestre
toda la gratitud a vos debida».

Independientemente de las diferentes interpretaciones, Dante celebra en cualquier caso la figura «paterna» de quien le enseñó cómo, en la Tierra, se adquiere “fama” a través de las obras y la virtud.

Por su parte, Albert Camus tuvo el mérito de hacer famoso a su profesor de la Escuela Municipal de Argel, Louis Germain, con la conmovedora carta de agradecimiento que le envió en noviembre

de 1957, poco después de recibir la noticia de la concesión del Premio Nobel:

Querido señor Germain:

Esperé a que se apagara un poco el ruido que me ha rodeado todos estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y su ejemplo, no hubiese sucedido nada de todo esto. No es que dé demasiada importancia a un honor de este tipo. Pero ofrece por lo menos la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continúan siempre vivos en uno de sus pequeños escolares, que, pese a los años, no ha dejado de ser su alumno agradecido.

Lo abrazo con todas mis fuerzas.

Albert Camus

Gracias a un maestro generoso y apasionado, un joven estudiante proveniente de una familia modesta pudo encontrar una mano sabia y afectuosa capaz de darle apoyo y de guiarlo en los momentos más difíciles de sus primeros años de escuela. ¿Acaso la escuela y la universidad que hoy estamos construyendo serán capaces de cambiar la vida de un estudiante? ¿Serán capaces de ofrecer a los jóvenes que provienen de familias menos acomodadas la oportunidad de llevar a cabo el salto cultural y social que puede hacer que nuestra sociedad sea más justa y más igualitaria? ¿Acaso esta escuela y esta universidad serán capaces de estimular la *curiositas* de los estudiantes?

Poner el énfasis en la didáctica a distancia y en las exigencias del mercado contribuye a que perdamos de vista la auténtica misión de la enseñanza y de la investigación. El término “escuela” deriva del griego *skholè*, que significa ocio, tiempo libre, «uso placentero de las propias fuerzas, sobre todo espirituales, con independencia de toda necesidad u objetivo práctico». Por lo tanto, los profesores no pueden ser “managers” ni promotores de negocios. Las escuelas y las universidades no pueden ser empresas que vendan diplomas. Los estudiantes no pueden ser clientes que adquieran “pasaportes” para el mundo del trabajo. No se estudia solo para aprender un oficio. No es cierto que solo sea “útil” aquello que produce beneficio y ganancia. Y, con mayor razón, los laboratorios científicos no son distribuidores automáticos en los que las empresas invierten dinero para seleccionar y adquirir los productos deseados.

Hoy en día, por desgracia, la concepción utilitarista y economicista de la vida nos invita a perseguir falsos valores. Lo único que al parecer importa es el cálculo del PIB (el Producto Interior Bruto). Sin embargo, ya Robert Kennedy, el 18 de marzo de 1968, en un valiente discurso pronunciado en la Universidad de Kansas, recordó que el PIB, lamentablemente, no mide las cosas más importantes de la vida:

Hemos dado en exceso la impresión, y durante demasiado tiempo, de que sometíamos la excelencia personal y los valores comunitarios a la mera acumulación de bienes materiales. Nuestro actual Producto Interior Bruto supera los 800 miles de millones de dólares al año, pero el PIB [...] no tiene en cuenta la salud de nuestros hijos, la calidad de su educación o la alegría de sus juegos. No incluye la belleza de nuestra poesía ni la fuerza de nuestros matrimonios, la inteligencia de nuestro debate público ni la integridad de nuestros funcionarios. [...] En suma, lo mide todo excepto aquello que hace que la vida valga la pena.

La misma lógica utilitarista amenaza también a la investigación científica de base, libre de toda influencia del mercado. Albert Einstein escribió páginas bellísimas contra la locura, hoy muy difundida, de especializar a los estudiantes para prepararlos para una profesión. En *Sobre la educación* recuerda que «lo primero debería ser siempre desarrollar la capacidad general para el pensamiento y el juicio independientes, y no la adquisición de conocimientos especializados». La ciencia necesita también de la creatividad. Y la creatividad no puede cultivarse sin la imaginación: «Tengo bastante de artista para poder inspirarme libremente en mi imaginación –declara en 1929 en *The Saturday Evening Post*–. La imaginación es más importante que el conocimiento. El conocimiento es limitado. La imaginación rodea el mundo». Por otra parte, antes de Einstein, otro gran físico, Ernst Mach, había escrito que «el trabajo de la fantasía es más importante que el de la razón».

Hay muchísimos ejemplos más. Pero me gustaría recordar, al menos, el diálogo entre el senador demócrata de Rhode Island John Pastore y el físico Robert Wilson, de la Cornell University, para reencontrar, en un contexto diferente, los mismos conflictos que oponen las decisiones insensatas de los gobernantes y las razones de aquellos que defienden las humanidades. En abril de 1969, el científico expone la importancia de su laboratorio (el “Fermi National Accelerator Lab”) ante los miembros del Comité Conjunto sobre Energía Atómica del Congreso de los Estados Unidos. Cuando explica los méritos de este centro experimental, se ve interrumpido por el senador, que le pregunta por la utilidad de sus investigaciones para la defensa de la patria y la competencia con los rusos. Sorprendido por la extraña pregunta, el físico responde que su proyecto, aunque no sirva para la defensa de la patria, servirá sin lugar a dudas para hacer que la patria sea más digna de ser defendida:

[Mi proyecto] tiene que ver con cuestiones como estas: ¿somos buenos pintores, buenos escultores, grandes poetas? Me refiero a todo aquello que realmente veneramos y honramos de nuestro país y por lo cual somos patriotas. En este sentido, el nuevo conocimiento tiene mucho que ver con el honor y con el país, pero no guarda ninguna relación directa con la defensa de nuestro país, excepto porque contribuye a hacer que sea más digno de ser defendido.

El universo de la educación es un espejo en el que se reflejan las contradicciones de la sociedad. Así, al culto de la productividad y del beneficio se añade también el de la rapidez. La velocidad se ha convertido, cada vez más, en la expresión de la potencia social, de la eficiencia, de la economización del tiempo. Reducir la velocidad, hoy en día, significa “perder tiempo”. Sin embargo si lo consideramos bien, el conocimiento, las relaciones humanas y nuestro vínculo con la vida necesitan sobre todo “lentitud”. Y para entender la importancia de lo “lento”, basta con releer el bellísimo elogio que Friedrich Nietzsche dedica a la filología, ciencia en vías de extinción porque los años que requiere la edición de un clásico contrastan con el mecanismo cuantitativo de las evaluaciones en los concursos universitarios:

Y es que la filología es ese arte venerable que exige ante todo una cosa de quienes la admiran y respetan: situarse al margen, tomarse tiempo, aprender la calma y la lentitud –pues se trata del arte y el saber del orfebre de la *palabra*, que ha de realizar un trabajo delicado y cuidadoso, y que nada logra sino es con un tiempo *lento* (*Aurora*, Prólogo, 5).

Una reflexión revolucionaria que quiere ser una feroz crítica a la dictadura «de la precipitación, de la prisa indecente y sudorosa», cuyo objetivo es «acabar todo de inmediato», por usar de nuevo las palabras de Nietzsche.

Como sabiamente nos recuerda Jean-Jacques Rousseau, en una espléndida página del *Emilio*, la regla fundamental para aprender se basa precisamente en “perder tiempo”: «¿Me atreveré a exponer aquí la mayor, la más importante, la más útil regla de toda educación? No es ganar tiempo, sino perderlo».

En esta perspectiva, que busca demostrar los peligrosos defectos de la rapidez y de la dictadura del utilitarismo, *tomarse un tiempo* no significa *perder el tiempo*, sino que significa, por el contrario, *ganar tiempo*, apropiarse del propio tiempo. Significa hacer más humanos nuestro tiempo y nuestra vida. Desconectarse para renunciar a la rapidez y a la urgencia es un imperativo para reconquistar la libertad perdida y para relacionarse con los demás y con el mundo sin prisa, sin furia, sin necesidad alguna de apresurarse. Solo así podremos descubrir, como nos enseña el coronel Aureliano Buendía, hasta qué punto puede ser fecunda la inutilidad de realizar acciones y gestos exentos de cualquier finalidad utilitarista.

Encerrado en su laboratorio secreto de Macondo, en efecto, el protagonista de *Cien años de soledad* fabrica pescaditos de oro a cambio de monedas de oro que después son fundidas para producir nuevamente otros pescaditos. Un círculo vicioso que no escapa a las críticas de Úrsula, a la mirada afectuosa de la madre inquieta por el futuro del hijo:

Con su terrible sentido práctico, ella [Úrsula] no podía entender el negocio del coronel, que cambiaba los pescaditos por monedas de oro y luego convertía las monedas de oro en pescaditos, y así sucesivamente, de modo que tenía que trabajar cada vez más a medida que más vendía, para satisfacer un círculo vicioso exasperante. En verdad, lo que le interesaba a él no era el negocio sino el trabajo (p. 184).

Persiguiendo sus pasiones, el coronel confiesa con un gran candor que «sus únicos instantes felices, desde la tarde remota en que su padre

lo llevó a conocer el hielo, habían transcurrido en el taller de platería, donde se le iba el tiempo armando pescaditos de oro» (p.158).

Probablemente, esta misma *simplicidad*, motivada tan solo por una auténtica alegría alejada de cualquier aspiración al beneficio, nos ayuda a entender la importancia de lo que (injustamente) nuestra sociedad considera “inútil” porque no puede convertirse en dinero. Realizar actos gratuitos y desinteresados, privados de una finalidad precisa, capaces de refutar cualquier lógica comercial, significa cultivar valores alternativos a la supremacía de las leyes del mercado y del beneficio, a la dictadura de la rapidez y de la urgencia.

El secreto con el que el zorro del desierto obsequiará al Principito se funda una vez más en el hecho de que los ojos del cuerpo no bastan para “ver”: «He aquí el secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón: lo esencial es invisible a los ojos» (XXI, p. 103).

Para aferrar lo esencial se requiere corazón. Y el corazón tiene sus tiempos, sus reglas, su lenguaje. Ante todo, precisa liberarse del culto a los números y a las cifras. Quien pretenda traducir todas las cosas a cantidades exactas, difícilmente se sentirá atraído por elementos que escapan a cualquier clase de medición.

Tras aterrizar en pleno desierto del Sahara, el joven protagonista se siente triste:

Y mientras llora, sentado en la hierba, de repente un zorro aparece ante él:

“Ven a jugar conmigo” —le propuso el principito—. “¡Estoy tan triste!...”

“No puedo jugar contigo” —dijo el zorro—. “No estoy domesticado.”

[...]

“¿Qué significa ‘domesticar’?” —dijo el principito.

[...] “Es una cosa demasiado olvidada” —dijo el zorro—. “Significa ‘crear lazos.’”

“¿Crear lazos?”

“Sí” —dijo el zorro—. “Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo...” (XXI, pp. 96-97).

Pero la acción de *domesticar* presupone de manera necesaria la de «crear lazos». Sin “lazos”, en efecto, no es posible realizar ese “milagro”, admirablemente explicado por el zorro, que transforma a dos interlocutores, inicialmente extraños entre sí, en dos seres «únicos»: el principito, en efecto, de «muchachito semejante a cien mil muchachitos» pasa a ser «único en el mundo» para el zorro, de la misma manera que este último, de «zorro semejante a cien mil zorros» pasará a ser percibido por el principito como “su” zorro («Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo»). «Crear lazos» significa también cambiar radicalmente la propia existencia, significa quebrar la monotonía de lo cotidiano, significa aprender a vivir para *alguien*. En las conmovedoras palabras del pequeño animal del desierto es posible captar, de una manera concreta, los prodigiosos efectos del arte de *domesticar*:

“Solo se conocen las cosas que se domestican” —dijo el zorro—. “Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas hechas a los mercaderes. Pero como no existen mercaderes de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo, ¡doméstícame!” (*Ibidem*, p. 99).

Lo mismo que la investigación científica y la aventura del conocimiento, también las relaciones humanas requieren tiempo. Pero

hay algo más: es necesario hacer entender a nuestros estudiantes que no se estudia para conseguir un título, para ejercitar una profesión o para ganar dinero. Las palabras de Boris Johnson dirigidas hace unas semanas a los jóvenes del Reino Unido no hacen honor a la enseñanza: inducir a los jóvenes a creer que deben elegir las disciplinas que estudiar, no para seguir lo que aman sino tan solo para buscar trabajo es una manera de envilecer la importante función de la enseñanza. No es el mísero pedazo de papel del título lo que nos hace mejores. Como nos recuerda Constantino Kavafis, el objetivo de nuestro viaje no es Ítaca, sino las experiencias que hemos vivido para llegar hasta la isla («Ítaca te ha dado un viaje hermoso. / Sin ella no te habrías puesto en marcha. / Pero no tiene ya más que ofrecerte»). Nuestra verdadera meta, para decirlo con dos versos maravillosos de Antonio Machado, coincide exactamente con los encuentros y las sorpresas que enriquecen nuestro camino: «Camionante, no hay camino, / se hace camino al andar».

Detener o ralentizar el tiempo de la productividad quiere decir abandonarse a la aventura de lo inesperado y de lo improbable para abrirnos a las sorpresas de la vida. En este espacio preciso de libertad podemos cultivar nuestra *curiositas* y nuestra imaginación para alimentar la reflexión y la creatividad. El verdadero bien de lujo, en una sociedad en la que lo virtual está absorbiendo todos los aspectos de nuestra existencia, coincidirá cada vez más con la dedicación a las relaciones humanas. En definitiva, *perder tiempo* para consagrarse a los afectos, para reflexionar, para escuchar música, para admirar un cuadro, para perseguir una mariposa, para gozar de las maravillas de la naturaleza significa *ganar tiempo* para sí y para los demás, contribuyendo a hacer a la humanidad más humana.

Vivimos en un contexto político, social y económico dominado, cada vez más, por la dictadura del utilitarismo. Ya no nos sorprendemos cuando, ante cualquier pequeña elección cotidiana, alguien pregunta «¿para qué sirve?»:

- ¿Para qué sirve leer poesía?
- ¿Para qué sirve estudiar latín y griego?
- ¿Para qué sirve visitar el Museo del Prado?

En el universo del utilitarismo, en efecto:

- Un martillo es más valioso que un cuadro
- Un cuchillo es más valioso que una poesía
- Una llave inglesa es más valiosa que una sinfonía

Es muy fácil entender la eficacia de un utensilio. Comprender para qué puede servir la música, la literatura o el arte entraña una dificultad mucho mayor.

Por estas razones, defender la función civil de la educación y del saber, la importancia de la investigación básica a largo plazo, el valor del conocimiento en sí mismo, lo indispensable de las disciplinas humanísticas, lo esencial de lo gratuito y desinteresado significa defender no solo la escuela y la universidad, sino, sobre todo, el futuro de la democracia y la convivencia civil. Significa cultivar aquellos principios éticos que pueden ayudarnos a hacer más humana a la humanidad. Nosotros los profesores, como recordaba Jacques De-jardin, no solo enseñamos lo que sabemos: enseñamos también lo que somos.

Pero hay más. La ceremonia de esta mañana demuestra aún mejor la falsedad y el peligro de los lemas que desde hace algunos años están contaminando la política mundial: «America first», «La France d'abord», «Prima gli italiani», «Brasil a cima de tudo» ofrecen una noción distorsionada y miserable de la identidad y la patria. Nuestra patria no puede coincidir únicamente con nuestro lugar de nacimiento. Sería verdaderamente demasiado poco. El propio Séneca

expresó esta convicción en varias de sus reflexiones: «No he nacido para un solo rincón de la tierra – escribió en una carta a Lucilio – mi patria es todo el universo» («Non sum uni angulo natus, patria mea totus hic mundus est»: 28, 4).

Contra el falso “patriotismo” y el peligroso monolingüismo, cada vez estoy más convencido de que la pluralidad de patrias y lenguas no es un obstáculo para el progreso de la humanidad, sino que representa una extraordinaria riqueza. El empobrecimiento del lenguaje, de hecho, contribuye en gran medida al empobrecimiento cultural de nuestra sociedad. Orwell lo recuerda muy bien en su maravillosa novela «1984», cuando habla de los efectos devastadores de la «neolengua»: «La neolengua no se diseñó para ampliar, sino para reducir el alcance del pensamiento, y la restricción de la variedad léxica a un mínimo ayudó indirectamente a conseguir este objetivo». Hoy en día, la comunicación digital en 140 caracteres y la estandarización universal de un modelo *globish* deberían ser una clara llamada de atención.

Pero me gustaría detenerme un momento más en el tema de la patria. Recuerdo con emoción el descubrimiento que hice mientras estudiaba en la vieja sede de la Bibliothèque Nationale de France, en la calle Richelieu, al principio de mi carrera de investigador. Estaba leyendo una obra de Giordano Bruno cuando me llamó la atención una frase: «Para el verdadero filósofo, toda tierra es patria». Una patria, sugería el gran pensador que fue reducido a cenizas en la hoguera de Campo de’ Fiori en Roma, puede coincidir con aquellos lugares en los que es posible tener una rica biblioteca, buenos libros, excelentes profesores, doctos colegas con los que discutir y aprender con plena libertad de pensamiento y de palabra. Ya había leído esta frase en otras ocasiones mientras asistía a la universidad en Calabria. Pero solo en ese momento, en la sala de lectura de la Bibliothèque Nationale, comprendí que Francia se había convertido para mí en una nueva e importante patria.

Y esta mañana, al expresar mi orgullo de pertenecer a vuestra comunidad académica, tengo el privilegio de añadir otra patria, España, a las que ya he adquirido a lo largo de mi vida. Gracias a vosotros – y a mi querida editora doña Sandra Ollo y mi querido traductor don Jordi Bayod – he podido dar un paso más hacia la realización de una aspiración que Erasmo de Rotterdam resumió en una elegante expresión: «Ego mundi civis esse cupio» («Deseo ser ciudadano del mundo»). La literatura, la filosofía, la música, el arte y la investigación científica básica nos enseñan que todos vivimos en una misma patria, que es la gran patria de la humanidad. Y que sólo el esfuerzo que hagamos por superar el estrecho perímetro de nuestro egoísmo -como, con gran valentía, nos insta a hacer el Papa Francisco- puede dar un fuerte sentido a nuestra vida. Porque, como recordaba Albert Einstein en un artículo del New York Times, «sólo una vida vivida para los demás es una vida que merece vivirse».

31 de marzo de 2022 | Alberto Aguilera, 23 | Madrid

